

yeron el don de profecía, y de las que se hallaban en el Cenáculo cuando bajaron el día de Pentecostés sobre ellas, al par que sobre los Apóstoles, las lenguas de fuego del Espíritu Santo. «Las mujeres—añade el biógrafo—como son con el varón de una misma naturaleza, son igualmente capaces de los mismos dones de la gracia. No es Dios aceptador de personas...» «Ni para esto embaraza la flaqueza del sexo; pues, como dijo bien Orígenes, el mérito, ó mayor disposición para recibir estas gracias, no está en la diversidad de él, sino en la mayor pureza de la mente, y la hazaña de purificar la mente no la obra el sexo sino la virtud, y es cierto que en la virtud se puede adelantar la mujer al varón.» ¡Dichosa y merecedora de eterna alabanza la mujer que dió ocasión á que se estampasen y propugnasen tales doctrinas!



## UN DRAMA PSICOLOGICO

EN LA HISTORIA.

(JUANA LA LOCA, SEGÚN LOS ÚLTIMOS DOCUMENTOS 1.)

DESDE que pasé por Tordesillas y vi el lugar donde cuentan que se alzaba el palacio, residencia ó prisión de Juana de Castilla durante medio siglo, la imagen de la hija de Isabel la Católica ocupaba mi imaginación. Hoy, leídos los ricos y nuevos documentos que encierra el libro del docto bibliotecario de la Academia de la Historia, se destaca con tanto relieve el carácter de la triste Reina, como el de la heroína de un poema escrito por profundo psicólogo que fuese á la vez sobe-

1 Este artículo se funda principalmente en el notabilísimo y voluminoso libro que acaba de ver la luz: *La reina doña Juana la Loca, estudio histórico*, por Antonio Rodríguez Villa, individuo de número (electo) de la Real Academia de la Historia. Adviértese para evitar continuas citas.

rano dramaturgo.—En una palabra: Juana la Loca sería la más conmovedora y sublime de las heroínas de Sakespeare, si este semidiós literario no hubiese reservado su musa para narrar los infortunios (menos trágicos) de otra hija de los Reyes Católicos: Catalina de Aragón la repudiada.

Doña Juana de Castilla nació bajo venturosos auspicios, en las gradas del trono más excelso de la cristiandad.—Se desvivía Isabel la Católica por adornar á sus hijas con todo primor de educación, y además de las habilidades femeniles, como labrar, bordar, coser, les dió la cultura refinada de princesas del Renacimiento. Desde sus primeros años contrajo Doña Juana esa vehemente afición á la música que suele observarse en las almas apasionadas y líricas, de suerte que lo último que reservó de su grandeza, cuando iba despojándose de todo, fueron los cantores de su capilla: de los inventarios de su mobiliario, que en Simancas se conservan, forman parte un llaviórgano, un mo-

nacordio, una vihuela metida en su caja «de cetí carmesí».—Sábase que la Princesa era versada en letras humanas y que hablaba corrientemente el latín con Luis Vives, aquel filósofo que, en su *Institución de la mujer cristiana*, sustituye el culto de Dios con la idolatría del marido. ¡Devoción bien funesta á doña Juana de Castilla!

Atento siempre á la razón de Estado, ley de su conducta, concertó el prudente monarca Fernando de Aragón, llamado el *Católico*, las bodas de su primogénito el Príncipe Don Juan con la Princesa Margarita de Austria, y de la Infanta Juana con el Archiduque Felipe, hijo de Maximiliano, Emperador de Alemania y Rey de romanos.—Tardó en cerrarse la negociación, pero finalmente la diplomacia la condujo á puerto. Juana y el Archiduque (de la otra pareja no tenemos para qué tratar) trocaron las enfáticas epístolas en latín, usuales entre regios prometidos, y de allí á poco se embarcaba la Princesa en Laredo con rumbo á Flandes, llevando de

escolta una escuadra compuesta de ciento veinte navíos de alto bordo y tripulada por quince mil hombres escogidos, al mando de Don Sancho de Bazán: «porque habian de pasar por el mar de Francia, y se temían» advierte la crónica.—No faltaba requisito: en el séquito de la Infanta iban obispos, capellanes, mayordomos, coperos, trinchantes, tesoreros, maestresalas, el interminable desfile de alta y baja servidumbre palaciega, amén de muchas camareras y damas de honor; y dos carracas genovesas cargadas de mercancías encerraban la soberbia *recámara*, ó, como diríamos hoy, las vistas, galas y *trousseau* de la novia. No habían de desplegar menos pompa y boato al desposar á su hija los mayores soberanos del mundo. Isabel la Católica, después de pasar dos noches, embarcada, al lado de Juana, se había despedido de ella con muchas lágrimas, temerosa de no verla más.

Comenzó la navegación, y á la primer ráfaga de brisa marina que hin-

chó las velas impulsando á las naves, debió de latir con delicioso miedo el corazón de la virgen. Iba hacia lo desconocido, y lo desconocido era el ser casi divino, rey absoluto del alma femenil: el esposo: aquel cuyo aliento, aunque fétido, ha de oler á rosas, según Vives, para la mujer cristiana.—Las enseñanzas de la honesta madre; la doctrina del sabio maestro; los preceptos de la religión; todas las voces que oye la niña como bajadas del cielo mismo, se unían para decirle: «Ama, adora, venera al que va á estrecharte en sus brazos.»—Augurio funesto: una deshecha borrasca embistió contra la armada española: hubo que acogerse á Portland; perdiéronse algunos barcos: tragaron las olas el equipo y preciosa recámara, y así maltrecha y mermada llegó la flota á tierra holandesa.—El esposo no aguardaba á la esposa. Felipe hallábase con su padre en el Tirol, y tarde, mal y arrastro, como suele decirse, y con menguado séquito, se determinó á reunirse á su tímida prometida. Hizolo al

fin en Lila, donde el desposorio se verificó, y, añade el cronista con la crudeza propia de la época: «esa misma noche consumaron el matrimonio». Juana tenía diez y siete años de edad.

Mientras comían los Archidukes el desabrido pan de las bodas, los españoles de la comitiva de Juana perecían de frío y de necesidad en las glaciales playas donde abordaron. Juana no tenía ya ojos ni pensamiento sino para Felipe. Lo que comenzara el deber completáralo la naturaleza, adornando á Felipe con las prendas que roban la voluntad. Era muy gentil y apuesto (por el *Hermoso* le conoce la historia), de genio alegre y bullicioso, amigo de fiestas, justas y torneos; ardoroso en el placer, de despiertos sentidos y frío corazón.—Poco después de su enlace ya no daba á Juana ni un escudo de los veinte mil con que tenía asentado sostenerla, y los Reyes Católicos principiaban á temer fundadamente por la ventura doméstica de su hija y por los resultados políticos de la alianza, pues Felipe trataba paces con el

rey de Francia sin tener en cuenta la voluntad y consejo de Fernando de Aragón, ni aun del mismo Maximiliano.—Para saber noticias de la joven pareja, hubieron de despachar los Reyes á un fraile, emisario sagaz y adicto, el cual les mandó que la señora Archiduquesa estaba «tan gentil y tan hermosa y tan gorda y tan preñada, que si Vuestras Altezas la viesén habrían consolación». Lo que lamentaba el fraile era la inhospitalaria tacañería flamenca: «Sepan V. A. que aquí no dan de comer á hombre del mundo; de manera que si V. A. entienden que me tengo de detener aquí algún día, según los gastos de aquí, es menester me manden proveer.» Ni aun los sueldos de los españoles que componían el servicio de la Archiduquesa se pagaban, y los infelices expatriados se quejaban de la pasividad de Juana, apartada por completo de la gobernación de su casa misma. Asegura el fraile que tan atemorizada la tenían, «que no podía levantar cabeza», y que vivía en tanta necesidad, «que no alcanza

un maravedí para dar de limosna». La anulación política y doméstica de Doña Juana había principiado; pero la Archiduquesa engruesaba y lozaneaba, y, en suma, era feliz, porque poseía ó imaginaba poseer el conyugal afecto y correspondencia de Felipe. Había dado á luz á la Infanta Leonor, y llevaba en su seno al futuro Carlos V.

Mientras tanto la muerte, ensañándose con la progenie de los Reyes Católicos, aproximaba á las sienas de Juana la corona. El principito Don Miguel, última esperanza de los Reyes Católicos, fallecía en Granada, y la Archiduquesa se encontraba de improviso Princesa de Asturias y heredera del trono. Apremiábanla sus padres para que viniese á ser jurada, y ella no acababa de determinarse, pues «en ninguna manera quería venir sin su marido, por lo mucho que le quería». Abrigaba el Archiduque cierta prevención contra la honrada y severa corte de Castilla, y en general contra esta tierra que había de ser su tumba, y tardó bas-

tante en resolverse á emprender la expedición. Fué entonces cuando Juana tuvo uno de los destellos de carácter que á largos intervalos revelaban á la hija de Isabel la Católica. Sucedió que al pasar por París los Archiduques, pretendió el rey de Francia le prestasen vasallaje á título de condes de Flandes, y les envió cierta moneda, para que se la ofreciesen en señal de feudo. Accedió servilmente Felipe, mas Juana se irguió altiva, negándose á pechar, sin que en esta ocasión pudiese nada con ella el inmenso ascendiente del esposo.

Llegados á España y jurados por príncipes herederos, no tardó el Archiduque en dar muestras de impaciencia y hastío, procurando á toda costa disponer el regreso á Flandes. Sus suegros se oponían, y le representaban el adelantado embarazo de Juana, el peligro á que la exponía con el dolor de la separación: mas aunque la princesa «no hacía sino gemir y llorar», Felipe puso por obra su deseo. Quedó Juana con la partida sin luz en los

ojos, abrumado de melancolía el espíritu. No quiere á veces la pasión notar frialdades; pónese venda, pero la venda transparenta, y nadie consigue engañarse á sí propio. Juana cayó en hondo abatimiento. Sus tiernos padres la querían distraer y divertir como á una niña con los regocijos y fiestas que celebraron su alumbramiento, y en que hasta la plática del bautizo fué un sermón jocoso, «de alegrías y alabanzas»; mas el dolor crecía, y el estado de Juana era de suerte, que un día la reina Isabel enfermó *de verla*: así lo declaran los físicos de Cámara, en carta dirigida al Rey, pintando á la Archiduquesa con estos colores: «La disposición de la Señora princesa es tal, que no solamente á quien tanto va y tanto la quiere deve dar mucha pena, mas á cualquiera aunque fuesen extraños; porque duerme mal, come poco, y á veces nada, está muy triste, y bien flaca. Algunas veces no quiere hablar; de manera que, así en esto como en algunas obras que muestran estar trasportada, su en-

fermedad va muy adelante.» No eran los recursos de la medicina, ni tal cual se practicaba entonces ni tal cual se entiende hoy, los que podían sanar al alma «llagada y ferida de punta de ausencia».

Llegó un instante en que la angustia de la separación y la protesta contra el absurdo obstáculo de la distancia, que los enamorados suprimen con la voluntad, fueron tan invencibles, que Juana, sin poderse reprimir, salió á pie hasta la última puerta de la Mota, con propósito de irse... ¿adónde? Ni ella misma lo sabía: adonde la impulsaba la sed de contemplar el amado rostro... y quizás la naciente y horrible duda.—Observando que cerraban todas las puertas y alzaban el puente levadizo, la Princesa, alteradísima, se puso en la barrera, é insensible, como suelen los dementes, á las impresiones exteriores, permaneció allí, en una garita, sufriendo el riguroso frío, sin consentir abrigarse.—Para sacarla de tan indecente alojamiento hubo de acudir la reina Isabel y prometer á la Princesa que «en viniendo el

rey, su padre, de Aragón, la enviaría con su marido », del cual nunca había pensado separarla.

Corrió así el invierno: llegó la primavera, y renacieron las esperanzas de la enamorada.—En Marzo partía de Medina del Campo, á fin de embarcarse en Laredo. Hasta Mayo esperóse el tiempo propicio, y á fines de este mes, con viento próspero y bonancible mar, la travesía se realizó, llegando en nueve días la Princesa á un puertecillo desviado tres leguas de Brujas. ¡Cómo se le quería salir el corazón del pecho cuando avistó las costas de Flandes! ¡Cuán tumultuoso regocijo, cuán inefable ventura cifrada en el primer abrazo y en la unión ya perpetua!

¿Qué sucedió al juntarse después de tan larga separación Juana y su esposo? Aquí es preciso ceder la palabra al cronista; nadie más elocuente. «Sintió luego Doña Juana la mudanza que en el Príncipe hallaba cerca de su amor, que era bien diferente de lo que con ella solía tener; y

como mujer que amaba en extremo á su marido, procuró de saber qué era la causa de aquello, y como le dixesen que el Príncipe tenía una amiga, mujer noble é muy hermosa y muy querida dél, se embraveció en tanta manera que, como una brava leona, se fué donde estaba la amiga; y dicen haberla herido y maltratado y mandado cortar los cabellos á raíz del cuero.»

¿Véis el drama? ¿Comprendéis todo su horror? ¿Imagináis lo que pasaría en un alma ya obscurecida por las tinieblas de la ausencia, al alumbrarla con sulfúrea claridad los celos? ¿Os figuráis á la hija de Isabel la Católica, á la dama ilustre, á la reina, pelando á la manceba? Pues hay algo más cruel: la segunda parte del episodio. Apoyaña en su derecho, pensando haber realizado un acto de justicia, Juana contaría con que el infiel viniese á implorar perdón; y ya las ternuras de las paces y la punzante delicia de los nuevos juramentos sonreían á su alma insaciable de cariño.—En vez de

un culpable arrepentido, Juana halló un juez y un verdugo. Al saber Don Felipe el trato dado á su amiga «no se pudo sufrir que no se fuese á la Princesa y la tratase muy mal de palabra, diciéndola muchas injurias, y aun dicen haber puesto las manos en ella. Y como la Princesa Doña Juana era mujer delicada y criada muy sobre sí en poder de su madre, sintió tanto el mal tratamiento que el marido la hizo, que luego cayó mala en una cama, perdiendo casi el juicio.» En las desesperadas horas que siguieron á la catástrofe, Juana debió recapacitar, y, á fuer de legítima enamorada, buscar todo género de argumentos para excusar al amado y acusarse á sí propia. La conciencia social de su época se los ofrecía. Según las doctrinas de Vives, la esposa está obligada á sufrir y llevar en paciencia la infidelidad del esposo; el polígrafo valenciano refiere como rasgo de singular virtud, digno de imitarse, el de una esposa que vivió largos años sirviendo humildemente de criada á la manceba. Juana recordaba tal vez estos

principios, que sancionaban ó cohonestaban por lo menos la conducta de Felipe. Mientras luchaba para sacar á flote los intereses de la pasión, las nuevas del infortunio y afrenta de su hija aceleraban la muerte de Isabel la Católica, y la corona de Castilla recaía en las sienes de Juana.

Corrían ya, no sólo en Flandes, sino en España toda, voces de su insensatez, y los pueblos murmuraban y temían, y Fernando de Aragón preveía grandes males para una nación regida ó por una reina maniática ó por un rey frívolo, antiespañol, consagrado únicamente á regocijos, sensualidades y fiestas. Deseaba Fernando recabar de su hija que le confiase la gobernación del reino; y á su vez Felipe tenía á Juana secuestrada, no permitiéndola comunicar con españoles, y el capellán que le decía misa recibiera orden de no cruzar palabra con la que ya era su Reina. Llegó así y todo á oídos de Juana lo que se susurraba de su estado mental; con rara perspicacia miró á su interior, y vió claramente el origen de



la supuesta locura. En carta original y hasta hoy desconocida<sup>1</sup> dirigida á M. de Vere, embajador de los Archiduques en España, lo dice en términos que infunden compasión. «Mas pues allá me juzgan que tengo falta de seso, razón es tornar algo por mí... Si en algo yo usé de pasión y dejé de tener el estado que convenia á mi dignidad, *notorio es que no fué otra la causa sino celos*; y no sólo se halla en mí esta pasión, mas la Reina mi señora, á quien dé Dios gloria, que fué tan excelente y escogida persona en el mundo, fué asimismo celosa; mas el tiempo saneó á Su Alteza, como placirá á Dios que hará á mí.» Me parece en sumo grado conmovedor y patético este rasgo de la pobre insensata, que se disculpa con el ejemplo de su excelsa madre, y pide perdón por haber amado en demasía, con locura — para decirlo pronto.

Obraron en Don Felipe la ambición y la

<sup>1</sup> El Sr. Rodríguez Villa puede gloriarse de su hallazgo: la carta existía en el Archivo del señor duque de Alburquerque.

sed de mando lo que no pudieran las sedudas y continuas advertencias de su suegro, y por fin resolvió venir á España, con tal apresuramiento (propio de la inconsistencia del carácter), que no vaciló en hacerse á la vela en mitad de la estación más cruda. Acompañábale Juana, y al pronto la navegación fue venturosa, hasta que, dejadas atrás las costas de Bretaña é Inglaterra, se encalmó la mar, prendiendo en sus dormidas ondas á la escuadra, y en pos de la calma chicha se alzó viento huracanado, que dispersó los navios y anegó varios de ellos. Como si no bastase la borrasca, á bordo de la nao capitana de los Archiduques se declaró el incendio, y viéronse suspensos entre dos espantosas muertes.—En tan señalada ocasión, lo mismo que á su primer paso por Francia, cuando rehusó pechar, mostró Doña Juana gallardamente la estirpe de donde venía, y fué sublime como reina y como amante.—Mientras Don Felipe vestía un salvavidas de cuero, inflado de aire; mientras los hidalgos y caballeros

se confesaban en alta voz con muchas lágrimas, dando por llegada la última hora, Juana pidió tranquilamente la comida, y buscó con gran serenidad medio ducado entre cien que tenía en una bolsa, diciendo á los que admiraban su presencia de ánimo «que nunca había perecido ahogado ningún rey»; y viendo que el peligro arreciaba, se revistió con sus galas mejores, se cubrió de perlas y cintillos de diamantes, y sentóse entre las rodillas de su esposo, anunciando el propósito de atarse á su cuerpo para morir con él como con él había vivido... ¡Morir con él...! ¿Qué mayor dicha para Doña Juana?

Aplacado el mar, arribaron á Inglaterra y á las costas de Galicia después: el pueblo de la Coruña agasajó á los jóvenes monarcas, cantándoles himnos en dialecto.—Ni los nobles gallegos ni los leoneses tardaron en notar con extrañeza el secuestro de Doña Juana, y el absoluto predominio del esposo en el gobierno del Estado, cosa tan opuesta á las tradiciones

de los Reyes Católicos. Entretanto Juana, satisfecha con algunas migajas de amor, en cinta otra vez, dejaba gustosa el cetro en manos de Felipe. Fernando de Aragón quería liberrar á su hija; mas á buen seguro que si lo consiguiese, Juana clamaría por la adorada esclavitud. Muy fundadas serían las acusaciones del Rey Católico á su yerno, que continuaba «en tener á la dicha serenísima Reyna, mi hija, fuera de su libertad, é muchas veces la ha querido apremiar á que firme cosas contra su voluntad é en mucho perjuicio suyo y destes Reynos, é han pasado é pasan otras cosas con ella en su desacatamiento é deshonor, que no son para oirlas sus naturales; tanto, que si una mujer de un escudero fuese así detenida é tratada, se ternía por muy malaventurada...», ¡pero Juana no se tenia por malaventurada estando cerca de Felipe...!

No contaba el Archiduque con la Providencia, ni con una causa segunda, el clima español, mortífero para los flamencos; clima que en su primer venida á la